

EL PASTOR Y LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL (I)

(resumen de Pedro Zamora)

Hace un tiempo leí un libro de Eugene H. Peterson que me pareció una maravilla, tanto por lo que tenía de aplicable en lo personal como por su utilidad para el pastor o pastora que desee centrar su ministerio en lo que tiene de esencial. Por eso, aquí no voy a presentar más que un resumen de dicho libro. Se trata de *The Contemplative Pastor. Returning to the Art of Spiritual Direction* (Grand Rapids: Eerdmans, 1993), que vertido al castellano quedaría en *El pastor contemplativo. Vuelta al arte de la dirección espiritual*.

Peterson define la labor pastoral como una acción que ayuda al creyente a “descubrir la gracia que opera en su vida” a pesar de los problemas sufridos; esto, por supuesto, es harto difícil porque la cultura alienta más a la búsqueda de los especialistas adecuados para resolver los problemas. A partir de este postulado, elabora su propuesta pastoral.

El pastor desocupado

“¿Cómo puedo convencer a nadie de vivir por la fe y no por obras, si yo mismo tengo grandes dificultades para encajar todos mis compromisos en la agenda?” (pág. 17). Con esta pregunta Peterson consigue bajar el postulado teológico a la arena del día a día del pastor, y además consigue cuestionar el *modus operandi* pastoral más común hoy día. Según él, tanta ocupación fue calificada por Hilario de Poitiers como *irreligiosa sollicitudo pro Deo* (algo así como una blasfema ansiedad por hacer el trabajo de Dios mismo) (págs. 17s).

La sobre-ocupación del pastor no necesariamente surge de las urgencias de la iglesia; él ve otras dos posibles causas:

- ✿ La vanidad pastoral (sentirse importante).
- ✿ La holgazanería pastoral (no controlar la agenda)

Y acude a C.S. Lewis en busca de apoyo a su crítica:

Uno de los temas favoritos de C.S. Lewis era que sólo los holgazanes trabajan muy duro. Al dejar por desidia el trabajo principal de dirigir nuestras vidas decidiendo sobre los valores y estableciendo los objetivos, otros lo hacen en nuestro lugar. (pág. 19)

Así las cosas, Peterson considera que las ocupaciones principales de los pastores son:

- ✿ la oración;
- ✿ la predicación;
- ✿ la escucha.

Las tres ocupaciones son parte de una misma, de modo que sin verdadera escucha no puede haber verdadera predicación. Lo afirma con una sentencia contundente:

Lo que yo me planteo a mi mismo no es ‘¿a cuánta gente he hablado de Cristo esta semana?, sino ‘¿a cuánta gente he escuchado en Cristo?’. (pág. 21)

Y a fin de evitar la pura teoría, aconseja al pastor anotarse en su agenda las “citas con uno mismo” (págs. 22s), donde tendría momentos de oración, lecturas, etc. Tal compromiso sería tan serio como cualquier otro.

Me gusta mucho cómo ilustra todo esto con un ejemplo extraído de la novela *Moby Dick* (de Herman Melville). El combate entre los balleneros y la ballena ilustra el papel particular del pastor, que prácticamente nadie más puede realizar. Así, nos explica Peterson, en este combate por la caza de la ballena --¡siento que las sensibilidades de hoy puedan no apreciar este ejemplo favorablemente!— un personaje principal es el arponero que centra toda su energía y atención sólo en lanzar el arpón:

[En el fragor del combate,] el ruido es inevitable, igual que el derroche de energía. Pero sin un arponero quieto y atento, la caza no tendrá fin. O si el arponero estuviera exhausto por luchar como el resto de remeros, no estaría listo para lanzar su arpón en el momento preciso. (pág. 24).

Por muy fugaz que sea, ese “momento preciso” es de vital importancia. Según Peterson, es el momento de la gracia que muy fácilmente puede pasar desapercibido en la vida de cada uno; y si al pastor también le pasa de largo, entonces la iglesia que pastorea tiene un grave problema.

El pastor subversivo

Tras el ‘subversivo’ análisis de Peterson sobre el pastor desocupado, nos lleva un paso más adelante: ese pastor contemplativo no es un pastor inofensivo; todo lo contrario, es un pastor subversivo. Constata, sin embargo, que muy pocos percibimos hoy el carácter subversivo de la predicación del Reino, y que por eso mismo las predicaciones tienen hoy poco del carácter subversivo de Jesús. En efecto, alega

que Jesús tenía un método propiamente subversivo, el de las *parábolas*: ante estas historias se bajan las defensas y el relato penetra en corazones y mentes, dejando a la audiencia inquieta sobre su significado. Según él:

Las parábolas no son ilustraciones que facilitan la comprensión; por el contrario, ponen las cosas más difíciles: requieren de nosotros el ejercicio de nuestra imaginación, la cual, si nos descuidamos, se convierte en el ejercicio de nuestra fe. (pág. 33).

Para Peterson, las parábolas son como bombas de tiempo que quedan arrinconadas en la mente del oyente, pero que en su momento pueden explotar haciendo que aquél pueda desplegar todo su potencial. Asimismo, quien inventa parábolas de tal vigor, es alguien capaz de escuchar, atento a la realidad y no a su apariencia, y por ello mismo capaz de plasmarla con tal simplicidad que pasma. Quizás los muchos años de silencio (¿de escucha?) de Jesús tengan que ver con la calidad de su ministerio.

El pastor apocalíptico

En el fondo el autor da una vuelta de tuerca más al tema del pastor subversivo, y nos lleva al Apocalipsis. En principio, parece que Apocalipsis y Pastor sean dos vocablos semánticamente opuestos: si el primero indica urgencia, el segundo parece sugerir paz y consuelo. Sin embargo, Peterson está convencido de que Juan fue un pastor, y que cuando escribió el Apocalipsis lo hizo como pastor:

El Apocalipsis es un incendio provocado: prende fuego en la imaginación que bule hasta disolver la grasa de una cultura y religión obesas, dejando ver por fin la nitidez del amor evangélico, la esperanza pura del Evangelio, y la fe pura del Evangelio. (pág. 41).

Sabido es que el Apocalipsis tenía una finalidad consolatoria ante la persecución, de modo que no cabe dudar de esa estrecha vinculación entre el lenguaje apocalíptico y su fondo pastoral. Por eso Peterson exprime esta asociación al máximo, definiendo tres expresiones de una pastoral apocalíptica:

- ✿ Oración apocalíptica;
- ✿ Poesía apocalíptica;
- ✿ Paciencia apocalíptica.

Es curioso su tratamiento del pastor apocalíptico, porque en los tiempos que corren uno sobreentiende un predicador del fin de los tiempos, un catastrofista que proclama el fin del mundo y clama por su conversión. Claro está que hoy hay mu-

cha caricatura de tal predicador, por lo que la asociación Apocalipsis-Pastor no es necesariamente grata a nuestra mente.

Sin embargo, su análisis de esta asociación es atinado e iluminador: la urgencia del momento presente, lleva a Juan a tres acciones que parecen contradecirse con la urgencia, esto es, a la oración, a la poesía y a la paciencia.



Por falta de espacio, debo dejar aquí mi presentación del libro de Peterson, esperando acabarla en el próximo número de *Ayudas Ministeriales*. Pero quisiera hacerlo resumiendo lo que considero la esencia de su exposición. A mi entender, este autor cree que los pastores (hoy diríamos 'líderes', como ya nos comentaba D. Casado en el nº 10) estamos llevando a las iglesias por el camino de las obras, esto es, por el camino de la planificación, del compromiso con alguna labor en la iglesia, de los objetivos a alcanzar, ..., en definitiva, por el camino de la ocupación. Sin embargo, el verdadero pastor debe ir mucho más allá de todo esto, y reconocer que en medio de las grandes necesidades de la iglesia, hay una gracia de Dios que ya está ahí presente, en medio de la necesidad. Y si él y ella no se toman los espacios necesarios de gratuidad (por ejemplo, oración, escucha, paciencia, poesía), difícilmente podrán ser apocalípticos, esto es, difícilmente podrán comunicar su visión de esa gracia al resto. Quizás serán como esas caricaturas de predicadores de la catástrofe que mueven a las masas a la acción, pero no necesariamente al Reino.

SEUT – El Escorial